

Ensayo sobre la pandemia

RESUMEN

Han sucedido tantas cosas, y en tan poco tiempo, que no resulta fácil seleccionar alguna temática sin dejarnos fuera otras igualmente relevantes. Probablemente nos pasaremos los próximos años debatiendo sobre lo acontecido, entre otros motivos, por la escasa información que aun hoy tenemos sobre la apisonadora que ha triturado nuestro estilo de vida. Pues bien, he seleccionado, de entre las innumerables que podríamos estudiar, cuatro narrativas. En concreto, la pandemia como refriega entre neokantianos y utilitaristas; como datificación de rebaño; como ajuste de cuentas epistemológico y como singularidad. Con este análisis podremos interrelacionar, aunque sea de forma breve, las implicaciones éticas, jurídicas, políticas y científicas de una historia que recién ha comenzado.

1. INTRODUCCIÓN

Han sucedido tantas cosas, y en tan poco tiempo, que no resulta fácil seleccionar alguna temática sin dejarnos fuera otras igualmente relevantes. Probablemente nos pasaremos los próximos años debatiendo sobre lo acontecido, entre otros motivos, por la escasa información que aun hoy tenemos sobre la apisonadora que ha triturado inmisericordemente nuestro estilo de vida.

Las imágenes de los camiones militares llevándose cadáveres de las ciudades italianas, las de nuestro personal sanitario protegiéndose con bolsas de basura, las fosas comunes en Nueva York, el "todo va a salir bien" de los murales infantiles, las colas del hambre, o la incredulidad de los ancianos que agonizaban en la más absoluta soledad, nos han despertado de la nebulosa de aparente seguridad en que hemos vivido, al menos en Occidente, en las últimas décadas.

Sin duda, las narrativas tecno-utópicas han servido de poderoso narcótico colectivo, de ahí la dureza con que nos ha cimbreado la realidad. En efecto, a lo largo de estos años, una legión de propagandistas nos ha deslumbrado con sus predicciones de ciudades inteligentes, nano-robots, medicina personalizada, inteligencia artificial, big data, etc., que nos darían el cobijo y la protección propia de una guardería. Sin embargo, en esta hora de la verdad, nos hemos visto obligados a emplear técnicas propias del medievo, convirtiendo en pesadilla nuestros sueños de dominio de la naturaleza. De ahí que no hagamos más que restregarnos los ojos.

He seleccionado cuatro temáticas interconectadas entre sí que nos permitirán analizar diferentes fractales de una misma realidad. En concreto, el primer apartado lo dedicaremos a la ética de la toma de decisiones en situaciones de triaje; el segundo, a las implicaciones para nuestras libertades del acelerado proceso de datificación al que hemos asistido; el tercero, a reflexionar sobre el papel jugado por la biotecnología a la hora de contrarrestar las propuestas que implican, tácita o encubiertamente, un darwinismo social; y el último, a la singularidad, o especificidad folclórica, del confinamiento

Epidemia como datificación del rebaño

El 5G no ha llegado a tiempo por poco, para bien, y para mal. En efecto, si dispusiéramos de esta tecnología, sabríamos quiénes son los asintomáticos, quiénes han superado la enfermedad, etc.⁵ Un ejército de aparatos electrónicos comunicaría a las autoridades en tiempo real nuestra temperatura corporal, nuestras rutas, nuestros contactos, etc. El confinamiento no existiría y el colapso sanitario y económico tampoco. Neokantianos y utilitaristas seguirían con sus pasatiempos académicos y la pesadilla de la escasez de respiradores no se habría hecho insoportable ante nuestros ojos.

Pero, por otro lado, y esta vez para bien, dicha tecnología tampoco está disponible en estos momentos, Porque este es el mundo que nos espera. A pesar del sufrimiento causado por la situación actual, está por ver que la seguridad que nos va a proporcionar conectarnos permanentemente a internet sea un futuro más deseable. La tan ansiada inmunidad de rebaño va a sustituirse por la datificación de rebaño, esto es, por la conexión permanente y omnímoda a unas bases de datos centralizadas e insaciables. La recolección, análisis y centralización de la información que generan los seres humanos, desde la salud hasta las facetas más íntimas, nos traslada inevitablemente a una distopía tecnológica, contra la que será prácticamente imposible luchar.

En efecto, hasta hace poco tiempo, existían espacios adonde el poder político no podía llegar. El campo, el desierto, otro país, otro continente, etc., servía de refugio para huir. En breve, esto no será posible. Resulta razonable inferir de lo que ha sucedido que serán nuestros cuerpos quienes estén permanentemente conectados, con lo que la opción de no llevar el teléfono móvil encima no será viable. Además, el espacio exterior, calles, vehículos, bosques o costas estarán también conectados, de ahí que no será posible aislarse

físicamente de la red. Desde esta perspectiva, y vista la experiencia de estos días, no sabemos qué es más preocupante, si la facilidad con que operadoras telefónicas, bancos y multinacionales de internet se han prestado a facilitar nuestros datos a las autoridades, o la docilidad colectiva ante tamaño despropósito.

En estos días, el Reglamento de Protección de Datos de la Unión Europea ha sido tácitamente suspendido; y los informes emitidos por los organismos europeos (European Data Protection Board, 2020; European Union Agency for Fundamental Rights, 2020; Comisión UE, 2020), con el asentimiento tácito del Tribunal de Justicia de la UE, han ido dirigidos a justificar dicha suspensión. La nueva regla que nos rige es la siguiente: la autonomía (soberanía sobre los datos personales de salud) cede frente a la solidaridad (el interés de la sociedad por conocer los datos de salud de una persona), siempre y cuando se garantice la intimidad y la proporcionalidad, lo que se lograría mediante la seudonimización (quien trabaja con los datos no sabe a quién pertenecen). Sin embargo, es una regla adoptada por la vía de los hechos consumados. No se ha debatido ni sometido a enmienda alguna por parte de los representantes de los ciudadanos. Pero ahí está. Ha venido para quedarse.

Pues bien, el legado chino no es el coronavirus, sino este, una maldición confuciana. En efecto, desde los sucesos de la Plaza de Táiánme, China se ha convertido en el taller que nutre de productos y servicios baratos al capitalismo occidental⁶. El régimen explota a su gente y con los excedentes presta dinero a las democracias occidentales, dinero con el que se financian nuestras pensiones, sueldos de funcionarios, sanidad, obras públicas, etc. Es decir, el Estado Social o del Bienestar occidental, allí donde pueda calificarse de esta forma, se financia en parte por la inexistencia de derechos sociales o libertades políticas del pueblo chino.

Cuando Occidente desarrolló internet, los big data, la inteligencia artificial e incluso la biotecnología, China no dudó en emplear estos avances para consolidar su control sobre la población. Durante años hemos observado con cierta altanería y menosprecio cómo el pueblo chino aceptaba que millones de cámaras vigilaran sus movimientos. Apelar al confucianismo y al supuesto comunitarismo oriental era una forma de justificar que nuestra tecnología sirviera para controlarles. Como si la culpa del régimen clerical iraní fuese Zoroastro y la del capitalismo Tales de Mileto. La realidad es que mientras sus productos baratos llenaban nuestras bodegas y nos prestaban dinero, mirábamos hacia otro lado. Cuando levantaron dos hospitales en quince días para combatir la pandemia, los sesudos analistas occidentales acudieron al manido confucionismo para justificar tal sentido de la obediencia y del colectivismo. Poco más o menos que eran hormiguitas laborando. Cuando poco después tuvimos que hacerlo nosotros, solo que en cuestión de horas nadie citó a los clásicos del pensamiento griego, sino a las virtudes del capitalismo europeo, capaz de aunar esfuerzos privados y públicos.

La venganza china es esta. No del régimen, sino de su pueblo. Si Occidente ha instrumentalizado la dictadura en su favor (quién se acuerda ahora de la celebración de las Olimpiadas de Pekín en el mismo lugar donde se masacró a los estudiantes que pedían democracia y libertad), ahora el paciente pueblo chino nos ha dado a probar su propia medicina: un sistema de control personalizado que nosotros solo habíamos soñado en la literatura o en el cine

CONCLUSIONES

Hemos examinado cuatro perspectivas, ética, política, terapéutica y local de un mismo problema que parece va a convivir largo tiempo con nosotros. Las conclusiones que podemos extraer son las siguientes:

La legislación no regula el tiraje porque nadie es capaz de enfrentarse a ese problema. Los debates entre neokantianos y utilitaristas, con sus ricas, variadas y floridas escuelas, no solo no resuelven la cuestión, sino que la ahondan, ya que ambas corrientes acaban en aporías insolubles. Los primeros, porque en última instancia defienden que quien primero llegue a un respirador, se quede con él hasta que sane o muera; y los segundos, porque acaban proponiendo un carné social a la china (el "valor social" del individuo). El fracaso, tanto en la vertiente académica como en la legislativa, conlleva que se ceda el problema a los médicos, que han de tomar las decisiones guiándose por criterios que la sociedad no quiere conocer explícitamente. En última instancia, las cosas son blancas o negras, esto es, si hay un respirador y dos potenciales pacientes ingresados por la Covi-19, hay que elegir a uno. Y nadie quiere que ese proceso de toma de decisiones se recoja por escrito porque nos resulta insoportable afrontarlo.

La gravedad de la pandemia nos conduce hacia una justificación teórica del control de la población para el que no estábamos preparados. En realidad, no es algo nuevo, sino legado por el régimen chino. Durante las últimas tres décadas, la dictadura oriental ha ido perfeccionando los mecanismos de vigilancia de su pueblo, de forma que, cuando apareció el coronavirus, ya estaban psicológica y jurídicamente preparados. Nosotros no. La necesidad de saber quién está contagiado, quiénes son sus contactos, etc., dirige a las democracias parlamentarias occidentales hacia escenarios tecnocientíficos que hasta hace poco solo podían hallarse en la literatura o en el cine. Cuanto más se tarde en lograr una vacuna, más estructural será el acomodamiento psicológico de la población a esta realidad.

Si Trump propone la lejía como remedio para el coronavirus, los obispos reniegan de la vacuna por emplearse supuestamente moléculas abortivas, y Bolsonaro o Johnson minusvaloran públicamente la importancia de la pandemia para preservar sus macromagnitudes económicas, una buena parte de la sociedad se rasga (con razón) las vestiduras. Pero si Greenpeace rechaza la biotecnología, el régimen marxista cubano declara la homeopatía una política de estado y la izquierda alternativa se aferra a las

pseudoterapias, entonces ese mismo sector mediático guarda (sin razón) silencio. Sin embargo, ambas narrativas, a izquierda y derecha, conducen a la gente al mismo lugar, esto es, al matadero, ya que el coronavirus afecta principalmente a las personas con el sistema inmunitario más deprimido, por edad, por patologías previas y, es conveniente resaltarlo, dada la querencia de parte de la izquierda por la homeopatía, por motivos sociales. Promover las pseudoterapias o la adquisición de la inmunidad natural (previa exposición a la enfermedad, porque si no, no se logra) sitúa esta forma de ecologismo pseudomarxista en la misma línea del neoliberalismo más extremo, esto es, en la promoción del darwinismo social.